

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I.

El creador.—Ometecuhtli.—El Omeyocan.—Omečiuatl.—Ideas nahuas sobre el dios creador.—El fuego.—Huehue-teotl.—Ayamictlan.—Tloque Nahuaque.—El Chililitli.—Ideas de Pomar.—Confesión de Fábrega.—Verdadero sentido del discurso de Maxixcatzin.—Alocución de Nezahualpilli.—Origen de la voz Tloque Nahuaque.—Invencción de nuevas voces.—Ejemplo del P. Tovar.—Interpretación de Brington.—Traducción de Remi Simeon.—Cantares nahuas.—Traducción de Molina.—Invencción del neologismo por el P. Olmos.—Ipalnemohuani.—Teotl.—Su verdadera significación.—El fuego del sol.—El fuego del hogar.—Idea abstracta del elemento fuego.—Se forma de él el dios creador.—Nombre jeroglífico de este dios.

LA creación nahua, y con ella la teogonía y la cosmogonía mexicas, están representadas en la primera pintura del Códice Vaticano. (1) Según el Intérprete, (2) el lugar en donde reside la deidad creadora, se llama *Omeyocan*, y esta deidad *Ometecuhtli*. *Omeyocan* significa lugar dos, y *Ometecuhtli* señor dos. (3) Los nahuas, al ver cómo todo se produce en la naturaleza por un par, hicieron á su creador una dualidad. Siguiendo esta idea de la dualidad, le dieron á *Ometecuhtli* por compañera á la diosa *Omečiuatl*, cuyo nombre quiere decir mujer dos. El Intérprete del Códice Vaticano refiere, (4) que todos los dioses tenían mujer, no para usar del matrimonio, sino solamente por compañía: lo cual confirma la idea de la dualidad religiosa de los nahuas. Sahagún coloca la residencia de estas deidades creadoras, es decir, el *Omeyocan*, sobre los nueve cielos. (5)

Importante es averiguar la naturaleza de esta divinidad creadora. Para ello será preciso buscar en las pinturas jeroglíficas, una representación gráfica del *Ometecuhtli*,

(1) Lord Kingsborough. *Antiquities of Mexico*. Tomo II.—Códice Vaticano, lámina I.—Esta lámina se reprodujo en el tomo III de los *Anales del Museo Nacional de México*.—En realidad la creación abraza las dos primeras pinturas del original del Códice Vaticano; pero en la impresión de Kingsborough están reunidas en una sola lámina.

(2) Kingsborough, tomo V. *Spiegazione delle Tavole del Codice Messicano* che si conserva nella Biblioteca Vaticana, al N.º 3738. MS.—El Códice no es original: es una copia en papel europeo, hecha en el siglo XVI, de diversos jeroglíficos de los indios. Como éstos no existen, consideramos el Códice como monumento auténtico.—El Intérprete fué el dominicano Ríos.

(3) El Intérprete, queriendo relacionar la dualidad nahua con la trinidad cristiana, traduce *Ometecuhtli* por señor tres; pero *tecuhtli* quiere decir señor, y *ome* es el numeral dos.

(4) *Spiegazione*, etc. *Tavole III e IV*.

(5) *Historia general de las cosas de Nueva España*, tomo II, página 197.

del dios-dos. La tenemos en el Códice de Oxford. (1) En su lámina X está representado el cosmos nahua, y debajo de éste y como sustentándolo, se ve una figura compuesta de dos cabezas rojas enteramente iguales, las cuales descansan sobre el símbolo del agua. En el razonamiento que el Señor hacía á sus hijos cuando llegaban á la edad de la discreción, pone Sahagún las siguientes frases: (2) «los coloca al lado del dios del fuego, que es *padre de todos los dioses*, que reside en el *albergue del agua*, y entre las flores, que son las paredes almenadas, envuelto entre unas nubes de agua. Este es el antiguo dios que se llama *Ayamictlan* y *Xiuhtecutli* . . . » Tales palabras nos dan mucha luz.

La deidad doble del Códice de Oxford, es el fuego que reside en el agua; y bien lo manifiesta su color rojo. Es el padre de todos los dioses, porque es el creador. Y por ser el primero, se le llama el antiguo dios, el dios viejo, *Huehuetotl*. El mismo Sahagún dice, (3) que al dios del fuego le llamaban *Veveteutl*, es decir, el dios antiguo, y que todos le tenían por padre. Torquemada (4) también lo llama *Huehuetotl*, *dios viejo y antiguo*. (5) Así los nahuas creían, que el creador de todas las cosas era el elemento fuego. Éste, además, era eterno, pues hemos visto cómo por otro nombre se llamaba *Ayamictlan*. Esta palabra significa lo que nunca muere, lo que nunca perece, lo eterno. (6)

Los nahuas no concebían un creador espiritual, sino una materia creadora, el fuego: materia eterna que todo lo produce, que conserva todo y todo lo renueva. Tal idea corresponde perfectamente al estado sociológico de nuestros antiguos pueblos. Y sin embargo creyérse lo contrario, al leer cuanto los cronistas dicen del *Tloque Nahuaque*, otro nombre dado por ellos al dios creador. Veámos algunas de sus opiniones.

Ixtlilxochitl, ponderando las grandes virtudes de Nezahualcoyotl, dice en la undécima Relación de las noticias de los Pobladores, (7) que ese rey alcanzó á saber y declaró, cómo después de nueve cielos estaba el creador de todas las cosas y un solo dios verdadero, á quien puso por nombre *Tloque Nahuaque*; y en su Historia Chichimeca agrega, (8) que edificó al dios incógnito y creador de todas las cosas, una torre altísima formada de nueve sobrados, significación de los nueve cielos, y sobre ellos

(1) Facsímil de una pintura jeroglífica mexicana que se conserva en la Biblioteca Bodleiana de Oxford. Kingsborough, tomo I, al fin.

(2) Op. cit. tomo II, página 115.

(3) Ibid. tomo I, página 16.

(4) Monarquía Indiana, tomo II, página 57.

(5) No se habla de la representación del *Huehuetotl*, y sin embargo hay de él ídolos y pinturas. Lo tenemos en la lámina XV del Códice Borgiano (Kingsborough), en la primera casilla superior de la derecha. Fábrega (página 123) lo llama *Huehuetonacateuhcipactli*; y dice de él, que ya viejo camina giboso, desdentado, canoso y calvo. En mi colección de antigüedades tengo dos ejemplares de esta deidad. Uno, procedente de Texcoco, es de plata, fundido y macizo. Tiene 3 centímetros de altura. Representa á un viejo sentado en actitud meditabunda, con las manos cruzadas sobre las rodillas. Tiene la cabeza cubierta con una especie de birrete. El otro es un pequeño cuadrilátero de oro, de 2 centímetros de alto por 1½ de ancho, procedente de Cholula, en el cual está de bajo relieve una cabeza de viejo, de cuya boca sale el signo de la palabra, como símbolo del poder creador. Debajo de esta cara hay dos puntos, expresión del *Ometecuhtli*. Semejante al ídolo de plata, es el grande del Museo llamado vulgarmente el «Indio Triste.» Durán nos cuenta que dos estatuas iguales estaban sobre el gran *Teocalli* de México: eran la representación del dios-dos. (Véase la lámina III, tratado II, del Atlas de Durán, y la reproducción del «Indio Triste» en los Anales del Museo, tomo III, página 300).

(6) Se compone el nombre *Ayamictlan*, de *ayac* partícula que expresa la negación absoluta, y de *miclan* lugar de los muertos.

(7) Obras de Ixtlilxochitl, tomo I, página 321.

(8) Ibid., tomo II, página 227.

un remate matizado de negro y estrellado por la parte de afuera, y engastado en oro, pedería y plumas preciosas por la parte de adentro; y que este templo estaba dedicado al dios referido, y no conocido ni visto hasta entonces, sin ninguna forma ni figura. Si hubiéramos de creer á este historiador, no quedaría duda, los aculhuas habían alcanzado el conocimiento de un dios espiritual semejante al cristiano; pero debemos desconfiar de su relato por dos motivos: el primero, que Ixtlilxochitl trata de sublimar á Nezahualcoyotl, y hacerlo superior por sus ideas y conocimientos á todos los demás personajes de nuestra Historia antigua; el segundo, que es achaque de nuestros viejos cronistas, principalmente en los del siglo XVII, buscar conexiones entre las creencias de los indios y las cristianas, para lo cual adulteraron aquellas. Esto los indujo á sostener, que en remotos tiempos se había predicado el Evangelio en estas regiones. Se buscó la semejanza, la cual no existe por cierto, entre los ritos del bautismo y el matrimonio practicados por los mexicas y los usados por los católicos; (1) y con otros argumentos igualmente falsos, creyeron ver los mismos escritores de aquellos tiempos en la teogonía nahua, las huellas, aún no bien borradas, de la teología apostólica. (2)

Pero la misma forma de la torre levantada por Nezahualcoyotl, y el nombre de *Chililitli* que le da Ixtlilxochitl, nos indican, no su dedicación á un sér espiritual, sino la representación del sabeísmo de los nahuas. Los nueve sobrados ó pisos significaban los nueve cielos, como dice el historiador texcucano; y el chapitel ó remate era representación del *Omeyocan*. Mr. Brington, (3) con gran perspicacia, encontró la etimología de esta palabra *Chililitli*. Según él, se compone del verbo *chia* ó *chilia* velar, y del nombre *tlilli* negrura ú obscuridad. Agrega, con justicia, que probablemente se usaba la torre para el estudio del firmamento en la noche. Era en realidad un observatorio astronómico. Por lo mismo, el *Chililitli* no da idea del conocimiento de un sér espiritual, sino del culto material de los astros, del sabeísmo de los nahuas. Sahagún, en su descripción del gran *Teocalli* de México, (4) menciona un edificio llamado *Chililico*: en él sacrificaban víctimas á la media noche del día *chicunahuiehecatl*, (5) en la fiesta de *Atlacahualco*. Aquí vemos igualmente un culto astronómico. En nuestro concepto, está representado en la figura XI de las láminas del Apéndice del P. Durán. (6)

Pomar trata también de las creencias aculhuas sobre el *Tloque Nahuaque*. Su relato es semejante al de Ixtlilxochitl. Refiere (7) cómo sus antepasados (8) llegaron á dudar de que fuesen verdaderos dioses los bultos de palo y piedra hechos por manos de hombres, y cómo jamás, aunque tenían muchos ídolos de diferentes deidades, nunca los nombraban á todos en general ni en particular á cada uno, sino que decían en su lengua *in Tloque in Nahuaque*, lo qual significa el Señor del cielo y de la tierra: señal evidentísima, según él, de cómo tuvieron por cierto no haber más de uno.

(1) Véase en estos puntos mi Historia antigua de México.

(2) Se sostuvo en esa época, que *Quetzalcoatl* había sido Santo Tomás. Acaso fué el primer escrito serio sobre esta materia, el famoso Fénix de Occidente de Sigüenza, formado sobre los trabajos del P. Duarte. (MS. en mi poder.) Ya Mendieta, en su Historia Eclesiástica Indiana, página 90, iniciaba la idea de la predicación de algún apóstol ó siervo de Dios, que hubiese llegado á estas partes: mientras el P. Durán expresaba en su Historia de las Indias, tomo I, página 5, el pensamiento de que hubieran venido los judíos, opinión que todavía ha tenido un gran sostenedor en Lord Kingsborough. (Véase la refutación de estas ideas en mi Apéndice al P. Durán y en mi Historia antigua de México.)

(3) Ancient nahuatl poetry.—Index, página 172.

(4) Historia, tomo I, página 206.

(5) Tal vez los nueve vientos ó *chicunahuiehecatl* eran una sinonimia de los nueve cielos, como lo eran las nueve aguas del *Chicunahuapan*.

(6) Atlas, Apéndice, lámina VI.

(7) García Icazbalceta. Nueva colección de documentos para la Historia de México, tomo III, página 24.

(8) Pomar era descendiente de los reyes de Texcoco.

Aunque Pomar escribió antes de Ixtlilxochitl, en 1582, ya en su tiempo andaban mezcladas las ideas teogónicas viejas, con las nuevas introducidas por los españoles. Hay además en su relato varios errores. Dice que no se designaba á cada deidad por su nombre; y esto no es cierto, pues en crónicas y jeroglíficos vemos lo contrario. No es menor equivocación afirmar, que al conjunto de los dioses se llamaba *in Tloque in Nahuaque*, pues tal nombre se aplica por los historiadores solamente á un dios y no al conjunto de ellos. Por otra parte no estamos conformes con la traducción de Señor del cielo y de la tierra, pues ni figuradamente podrían salir estas palabras castellanas de aquella voz mexicana, ni de sus elementos componentes. Y finalmente, no puede deducirse el conocimiento de un solo dios, del uso de un nombre para expresar el conjunto de todos los dioses. Si esto fuera cierto, y no lo es, más bien podría sacarse la consecuencia contraria.

En los relatos de Pomar se distingue sin dificultad la parte de tradición verdaderamente antigua y las modificaciones introducidas por las novedades europeas; pero en este punto todo es confusión y contradicciones en ese cronista, y se nota desde luego su esfuerzo laborioso para compadecer las creencias cristianas con los mitos gentílicos de los indios. Y sin embargo, de enmedio de esa mistificación, resalta algo de verdad en el dicho de Pomar. Aquellos pueblos, si bien adoraban á sus dioses y por dioses los tenían, buscaban por instinto natural una causa de todas las causas, y creyeron hallarla en el fuego creador y conservador del universo. Si su nombre era *Tloque Nahuaque*, y si éste significa, como dice Molina, (1) «cabe quien está el ser de todas las cosas conservándolas y sustentándolas,» tal parecería paráfrasis del *igne natura renovatur integra* de los antiguos misterios del Viejo Mundo.

Pero se preguntará: ¿qué idea perseguían aquellos cronistas con tales confusiones, y por qué se empeñaban en encontrar siquiera un recuerdo de las creencias cristianas en las viejas tradiciones indias? Nada puede contestar de modo tan preciso á esa pregunta, como el siguiente párrafo del jesuíta Fábrega: (2) «Las mismas Santas Escrituras no necesitaron jamás, ni de la confirmación de los americanos que se han creído estóolidos, ni de la aprobación de los incrédulos que se dicen críticos. Será, sin embargo, siempre un poderoso argumento contra el que dudare de alguna verdad de las mismas, el encontrar sus trazas entre los monumentos de hombres desconocidos á nosotros y nosotros á ellos, desde mucho antes de los útiles descubrimientos de las letras y de la escritura.» Esta preocupación religiosa debía necesariamente traer la obscuridad en cuanto se relacionase á la concepción de las deidades indias; y no obstante, de las mismas palabras escritas con esa intención, dejan escapar nuestros cronistas el verdadero espíritu de la teogonía mexicana. Así Torquemada dice, (3) que los indios llamaron á los que tuvieron por dioses supremos, *Tloque Nahuaque*, lo cual significa par en quien está el ser de todas las cosas: es decir, la dualidad nahua, dualidad excluyente de la unidad y de la trinidad cristianas. Y agrega: «que si como son debidos á Dios estos nombres y atributos, supieran aplicarlos al que lo es verdadero, fueran muy discretos.» Con lo cual Torquemada corta de raíz las suposiciones de un sér espiritual como creador en la teogonía nahua.

Las verdaderas ideas de los indios se desprenden del discurso de Maxixcatzin á Cortés, discurso conservado por Muñoz Camargo; (4) aun cuando de la transcripción hecha por Herrera, quiera deducir Fábrega lo contrario. (5) Debe sospecharse con buen fundamento que Muñoz Camargo, pues se llamaba español y cristiano, aunque

(1) Molina. Vocabulario de 1571, página 148.

(2) Interpretación del Códice Borgiano, página 2.

(3) Monarquía Indiana, tomo II, página 21.

(4) Historia de Tlaxcala, página 198.

(5) Op. cit. página 41.

era mestizo descendiente de tlaxcaltecas, nos presentaría á éstos conviniendo sin condiciones á las exigencias religiosas de Cortés; y sin embargo, en su relato, Maxixcatzin dice con energía: «que nos derribes y desbarates nuestros ídolos, que son semejanza de nuestros dioses, á los cuales adoramos y reverenciamos de tantos siglos atrás nosotros y nuestros antepasados, que con tanta religión observaron y guardaron el culto dellos: ¿cómo quieres tú que con tanta facilidad los dejemos, y consintamos que con tus violentas y sacrílegas manos te dejemos profanar los dioses que en tanto tenemos y estimamos?» Si los indios ilustrados no podían menos de comprender, que los ídolos de piedra y de palo eran obra de manos de hombres, creíanlos semejanza de sus dioses, y llamaban sacrílego á Cortés porque intentaba derribarlos. ¿En dónde está aquí la idea cristiana? Por el contrario, Maxixcatzin agrega, que si alguien se atreviese á tocar á sus dioses, no se habría comenzado á poner por obra, cuando ellos todos se indignarían contra todo el mundo, y lo destruirían y volverían por su propia causa y deidad; y cuando vieses que los menospreciaban, enviarían hambres y pestes, y el sol, la luna y demás estrellas relumbrantes se enfadarían, y ya no mostrarían más su luz ni claridad.» Lejos de percibir una idea espiritual en estos conceptos, descúbrese una religión materialista basada en el culto de los astros.

También alega Fábrega en pro de sus opiniones, las palabras de la alocución dirigida por Nezahualpilli á Moteczuma, cuando éste fué elevado al señorío de México. Aquí vamos á ver la prueba de cómo, cuando de ideas religiosas se trataba, adularon los cronistas los verdaderos conceptos de los indios, y con su fraseología europea los sustituyeron. Dicha alocución en Acosta, (1) habla de Dios Omnipotente y de Criador. Acosta tomó para su obra la parte de historia mexicana del manuscrito llamado Códice Ramírez, según algunos, obra del P. Tovar. Éste no reprodujo fielmente la alocución, (2) la cual sin duda se conservaba, como de costumbre, en la memoria de los sabios de los templos para ir transmitiendo la historia, y le introdujo las palabras citadas, y aun la cambió de forma. Durán (3) por fortuna nos conservó su texto auténtico. En él no se habla del Omnipotente Dios; solamente se dice el alto y poderoso señor, que es la deidad *Totec*; y por el contrario, se amonesta á Moteczuma, que en la noche salga á observar las estrellas, para que conozca sus signos y sus influencias; y que tenga en cuenta el lucero de la mañana, y á su salida se bañe, se unja con el betún sagrado, y ofrezca incienso y sacrificios á los dioses. No puede darse por cierto un sabefismo más claro, ni religión más materialista.

Cuando en esto pienso, y observo que la deidad *Tloque Nahuaque* no está citada en los primeros cronistas, padres de nuestra Historia, antójase me voz inventada después de la Conquista, como *teopixque* y otras, para expresar la idea del Dios cristiano. Que los primeros frailes y cronistas inventaron nuevas palabras mexicanas, para expresar ideas nuevas, de los indios desconocidas, se comprueba con el siguiente pasaje de Fábrega: (4) «No se ha procurado transmitir el nombre mexicano antiguo, que debe expresar esta corrupción de la naturaleza propagada por vía de la generación; bien es que tenemos un vocablo *compuesto* por el P. Juan de Tovar, misionero Jesuíta nativo de Texcoco y perito en aquella lengua: es *tlacatuntiliztlatlacolli*, es decir, pecado origen de los pecados de los hombres.» Pues bien, cualquiera, si encuentra sin este antecedente esa palabra en algún libro mexicano del siglo XVI, creará lógicamente que los indios tenían conocimiento del pecado original.

Argumento más serio es la referencia hecha por Pomar á cantares antiguos. En efecto, hallamos el nombre de *Tloque Nahuaque* en el cantar VIII de la colección de

(1) Historia natural y moral de las Indias, tomo II, página 199.

(2) Códice Ramírez, página 73.

(3) Historia de las Indias de Nueva España, tomo I, página 414.

(4) Explicación del Códice Borgiano, página 75.